

# William Finnegan

## El surf o la vida

"Años salvajes" ha ganado el Premio Pulitzer de biografía, pero no es, ni mucho menos, un libro de memorias convencional. Es más, ni siquiera es un libro convencional, sino una maravillosa zambullida en el mundo del surf con la que William Finnegan, periodista político de 'The New Yorker', retrata los mecanismos de una obsesión. Por DAVID MORÁN

¿Surf? ¿En serio? ¿Realmente este tipo que parece recién salido de la sala de prensa de la Casa Blanca luce en su cuerpo un completo catálogo de magulladuras, revolcones subacuáticos y encontronazos con la muerte? Y, más importante aún: ¿podemos seguir sus pasos y cabriolas a través de Indonesia, Tailandia, Madeira, Australia, Ciudad del Cabo y Fiyi cuando lo poco que sabemos de surf es lo que hemos oído en las canciones de los Beach Boys? La respuesta, no lo duden, es que sí. Máxime cuando todo empieza y acaba en William Finnegan (Nueva York, 1952), reputado periodista político y firma estrella de 'The New Yorker' que durante décadas ha combinado su trabajo con un doble fondo repleto de tablas, trajes de neopreno y olas soñadas.

Una pasión más o menos oculta a la que ha dedicado la práctica totalidad de "Años salvajes" ("Barbarian Days. A Surfing Life", 2015; Libros del Asteroide, 2016), memorias surferas bendecidas con un Premio Pulitzer y apasionante relato de viajes y aventuras con el que el estadounidense viene a confirmar que el surf es un deporte, sí, pero también mucho más que eso. "Nadie se va a jugar un partido de fútbol pensando en que puede morir, pero en el surf esa posibilidad siempre está ahí, bien presente", subraya un periodista bregado como enviado especial a Nicaragua, Mozambique y los Balcanes y curtido como surfista en las costas de Hawái, San Francisco, Sudáfrica, Yakarta y Java. "Siempre había pensado en mí mismo como escritor y periodista, pero llegó un momento en que me di cuenta de que si había alguna constante en mi vida esa era el surf", explica Finnegan, quien ha querido convertir "Años salvajes" en un retrato de su obsesiva pasión por cazar olas apto para todos los públicos. "Quería trasladar a los lectores a un mundo desconocido, pero no es una manual de surf, ni mucho menos un libro de autoayuda", señala. Es más: esto, añade, es una historia del surf "para gente a la que no le interesa el surf".

Es así como pasamos de la escuela secundaria de Kaimuki (Honolulu), donde Finnegan creció rodeado de tensiones raciales mientras su padre trabajaba como jefe de producción en una serie televisiva, a su regreso a San Francisco para trabajar como guardafrenos, y de ahí a ese viaje temerario y enloquecido que emprendió tras acabar la universidad y que lo llevó a instalarse en Ciudad del Cabo tras pasar por Samoa, Indonesia, Java y Australia. Un relato en primera persona que rompe con el tono y el enfoque periodístico de trabajos anteriores como "Cold New World. Growing Up In A Harder Country"

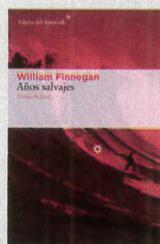


Surfearo la vida. Foto: ÓSCAR GIRALT

(1998) y "Crossing The Line. A Year In The Land Of Apartheid" (2006) para convertir su vida en material narrativo de primera. "El resto de mis libros son estrictamente periodísticos, pero este es más personal. Y, para un periodista, la autobiografía es un género muy extraño, ya que has de investigar tu propia historia y confrontar los recuerdos con lo que ocurrió en realidad", apunta Finnegan, a quien lo mismo vemos pasar de puntillas por sus relaciones amorosas como formular el libro como una suerte de tratado "sobre amistades masculinas complejas" y, tanto monta, un ensayo sobre la temeridad y la inconsciencia juvenil. "En aquellos tiempos no teníamos miedo, nos atrevíamos a hacer cualquier locura. Fue a finales de los ochenta cuando tomé conciencia del peligro que estaba corriendo", explica. No extraña que respire aliviado tras confesar que a su hija Mollie no le interesa lo más mínimo el surf.

Lejos de la orilla, "Años salvajes" es también la historia de cómo Finnegan se hizo periodista después de fracasar en su intento por convertirse en escritor de ficción –quiso plasmar su experiencia como guar-

dafrenos en una novela que ahora le resulta "incomprensible"– y, no contento con jugarse el pellejo en el mano a mano con los océanos, empezó a meter las narices en conflictos armados africanos o en las bandas de moteros filonazis de la Costa Oeste. El surf seguía ahí y Finnegan nunca llegó a aparcar las tablas, pero sí temió que su pasión le restase credibilidad. De hecho, cuando se estrenó en 'The New Yorker' con una pequeña pieza sobre Nicaragua y le encargaron elaborar un reportaje más extenso, Finnegan empezó a preocuparse tras proponer, cómo no, un reportaje sobre surf. O, más concretamente, sobre Mark Renneker, un médico surfero de San Francisco. "Tardé siete años en publicarlo, y durante ese tiempo escribí tres libros, me uní a la plantilla del 'The New Yorker' y me empecé a labrar una reputación como periodista político, así que me pregunté: '¿Realmente quiero escribir esto, revelar que soy un surfero?'", explica. El artículo, publicado en 1992, fue recibido como un pequeño hito de la literatura surf y anticipó lo que sería "Años salvajes", un prodigio de ambición literaria y conocimiento del medio. ■



### WILLIAM FINNEGAN "Años salvajes"

LIBROS  
DEL ASTEROIDE

### MEMORIAS

Si algo maravilloso y excepcional ocurre con "Años salvajes" es que no importa lo poco que le interese a uno el surf o que no sepa distinguir un pico de una cresta: basta con empezar a leer para quedar atrapado como en un gigantesco remolino por una historia que es, al mismo tiempo, novela de aventuras, relato iniciático, crónica de viajes por escenarios exóticos,

vibrante biografía... Todo a la vez y sin perder en ningún momento brío narrativo y una atención al detalle capaz de alumbrar al profano y deslumbrar al experto. Porque Finnegan, a quien vemos crecer, madurar y levantarse tras no pocos tropiezos –también comportarse como un auténtico cretino, pillar la malaria y cruzarse con Jack Kerouac y Charles Manson–, no solo consigue contagiar pasión y entusiasmo, sino que también retrata el surf como entrenamiento para una vida que, antes del último revolcón fatal, lo ha llevado de perseguir olas a cazar historias cada vez más arriesgadas, intensas y elevadas. Una suerte de reinención y re-

lectura de la siempre socorrida lucha contra los elementos, salpicada de momentos y lugares cruciales –Sudáfrica y el apartheid, San Francisco y los peores años del sida, Honolulu y el surf como mazo para derribar muros raciales– que Finnegan, maestro de la descripción y autor sorprendentemente ágil a la hora de mantenerse a flote sobre su propia historia, construye como un arrebatado canto a la libertad y un adictivo retrato de lo que ocurre cuando uno se abandona a una obsesión y la lleva hasta su últimas consecuencias. O, como dice el propio autor, cuando las olas son al mismo tiempo el campo de juego y la meta. ■